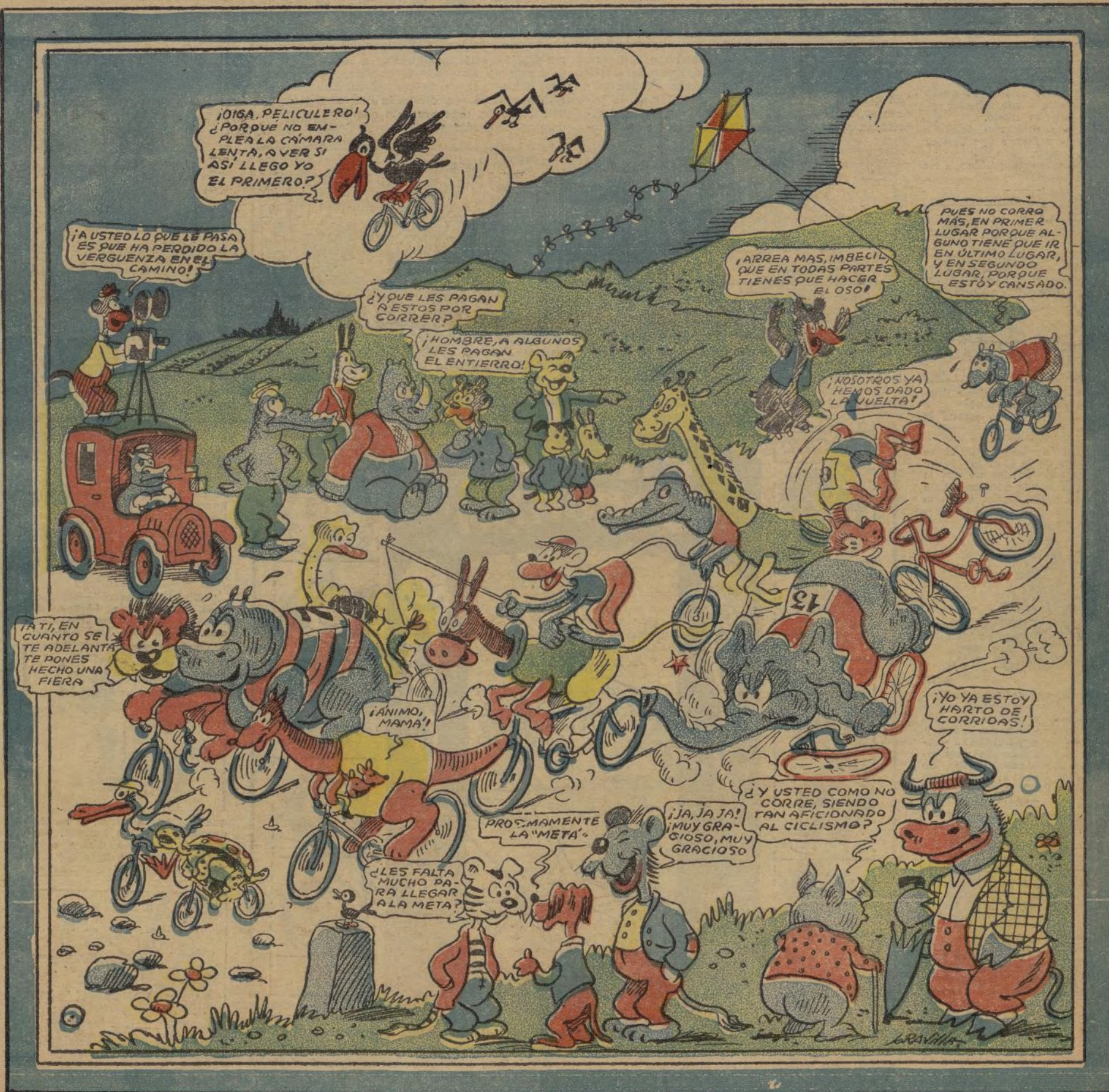


## LA VUELTA CICLISTA A LA SELVA CIVILIZADA





## PARATIEMPOS

Nuestro dibujo es copia de una fotografía que representa a Jacobo Sansbury, un faquir inglés, que lleva sobre su cabeza veinte canastas. Es, según dicen, el campeón de esta especialidad en la Gran Bretaña, y posee el correspondiente "record" mundial.



### En la comisaría

—¿De modo que no se puede llamar bestia a una señora?  
—De ningún modo.  
—¿Y me multarán también por llamar señora a una bestia?  
—No, señor.  
—Pues entonces, ¿señora, a los pies de usted!



—¿Sabría usted decirme dónde está situado Egipto?  
—Sí, señor. Donde estaba el año pasado.

Ustedes no saben quién es este señor de la cara tan seria. Pero es que ustedes no son lo listos que somos nosotros. Este señor es nada menos que don



Fernando, rey de Aragón. Nosotros lo sabemos porque somos "listisimos" y porque Manolito Vega, de Torrejón de Ardoz, y autor de esta preciosidad pictórica, nos lo asegura muy serio. Bueno, Manolito, hijo, no te enfades. Como si quieres que sea Felipe IV. Por nosotros...



Estas no son las botas de las siete leguas de algún gigante legendario, como podría creerse a primera vista, sino la muestra de una zapatería de Londres. Como podéis ver, la bota es más alta que una persona.

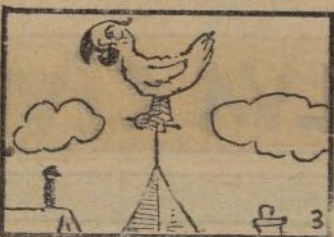
## LA VELETA "INFALIBLE"



Don Torcuato tenía toda su fe puesta en la veleta de la torre de la Iglesia; era un fe, si no ciega, por lo menos miope. Laurito, un papagayo primo segundo de nuestra cotorra Laura, le tenía una hinchita espantosa a la veleta, pues ya estaba harto de oír a don Torcuato: "¡Oh, ese pajarito de

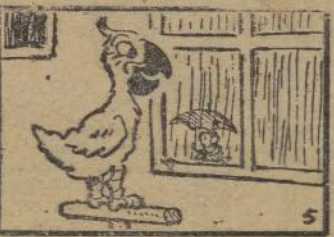


latón es una preciosidad. No falla nunca. Es que es realmente precioso e inestimable, precioso, precioso!" Y Laurito llegó a tener de la veleta unos celos, que los de Otelo comparados con los suyos eran un cariño loco. Y decidió vengarse fieramente del pajarito de latón o perecer en la deman-



da, igual que juraban los caballeros antiguos cuando cometían la estupidez de partirse el pecho con un dragón de quince cabezas. Y una tarde que oyó a don Torcuato que saldrían de paseo según el tiempo que indicase la veleta, Laurito, dispuesto a desacreditarla, voló hasta la to-

rra y le sacudió un mandoble a la veleta haciéndola rodar y ocupando él su sitio. Muy serietico, cual si fuese la verdadera veleta, Laurito se colocó apuntando en dirección del buen tiempo, y don Torcuato, más contento que una cocinera en domingo, indicó regocijado a su familia: "Mi ve-



leta indica buen tiempo. Vámonos descuidados, pues no falla; tendremos buen sol". Laurito, una vez cometida su criminal hazaña, volvió a reintegrarse a su puesto, igual que hacen los traidores de las películas para gozarse en el suplicio de sus víctimas, y, efectivamente, paso la gran tarde viendo llover a chaparrón. Una hora des-

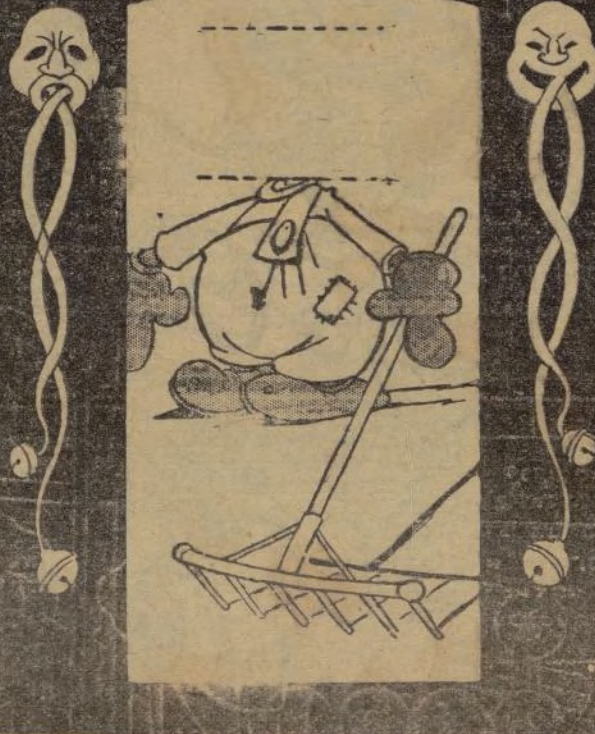
pués don Torcuato y su prole regresaban renegando de las veletas, de los termómetros y de los malditos pájaros de latón: "Vaya, vaya con el pajarito—le espetó Laura así que los vió de vuelta—. Fíense, fíense de los pájaros de hojadera. ta..." Y el malvado Laurito, engordó tres kilos de satisfacción.

### PANCHITO



FIN

## CINEMA Jeromin



### FÉLIX



FIN

Los niños que vayan guardando esta serie de dibujos, llegarán a reunir un precioso y divertido surtido de "películas" que les harán pasar muy buenos ratos a ellos y a sus amiguitos.

Ya sabéis el modo de "proyectar" con el "Cine Jeromin". Recortáis las películas por la línea de

puntos, pegándolas luego en una cartulina; en la pantalla abris dos rajitas por donde indican las rayas, y ya no hay sino "rodar" la película.

Iluminando las figuras en colores, el efecto es precioso.

## AMENIDADES

Al pronto no sabíamos si era un indio feroz o un indio campesino, que, cansadito, se apoyaba en la pala. Después de quince horas de reflexión hemos deducido que estaba apo-



yado en la escopeta; por lo cual, y por esas dos plumas, completamente sanguíneas, aseguramos que se trata de un real y efectivo indio feroz, este indio que nos remite desde Castuera nuestro gran amigo Miguelín Aguirre.



El Alcalde.—Este olivar es el sitio más indicado para establecer el nuevo cementerio.

El tío Perico.—¿Pero qué quie usted, señor alcalde? ¿Que aonde hemos venio a recoger la aceituna vengamos a dejar los huesos?

Texto y dibujo del jeromínista

Luis Muñoz MARTIN

Este extraño animal es el oso hormiguero de Africa, bastante diferente del oso hormigue-



ro de América. Se alimenta de hormigas; para atraparlas extiende su lengua en algún sitio por donde hayan de pasar esos animalitos, y cuando la tiene cubierta de ellos, ¡zas!... retira la lengua rápidamente, y se zampa toda su caza.

"Este es mi perro"—nos dice José Antonio de Llanas, de Huesca. Y nosotros nos creemos, amiguísimo José Antonio,



que ése es tu perro, y no dudamos que es de Huesca, porque el pobrecito debe estar muy constipadito, pues hay que ver cómo tose. ¡Ay que ver!



—Este color es besugo.  
—No seas bruto. ¿No ves que es salmón?



## UNA TRAVESURA



A Cocalito le gustaban las manzanas con delirio. A su papá, el que Cocalito comiese manzanas le sentaba peor que si le arrancasen un padrastro



tirando hacia arriba. Aquel día había cogido el nene unas cuantas manzanas, y como era un prodigio de obediencia esca-



pó con ellas, dispuesto a tragárselas a pesar de los gritos del autor de sus días. Cocalito se vió perdido, pues un riachuelo le



cortaba la huida, pero la glotonería aguza el ingenio y ved de qué manera supo salirse con la suya.

## VERDADES Y MENTIRAS

### Aprended a decir las cosas

Sardanápolo, el poderoso rey de Asiria, se hallaba profundamente turbado. Tan pronto como se hubo despertado, mandó llamar a todos los sabios de su reino, entre los cuales llegó un joven ávido de señalarse a los ojos del Rey.

—He tenido un sueño muy raro—dijo el gran Príncipe—, y deseo conocer su significado.



Soné que me había roto todos los dientes.

Los sabios sabían muy bien lo que ello significaba, según las reglas de interpretación de los sueños en aquellos tiempos supersticiosos; pero todos permanecieron en silencio con los ojos puestos en el suelo. Mas el sabio joven, impaciente por hacer valer su ciencia se adelantó decididamente y se postró a los pies de Sardanápalo.

—Yo puedo interpretar vuestro sueño—dijo—. Significa que todos vuestros parientes serán destruidos durante vuestro reinado.

Ante tan ingrata profecía, el Rey se enfureció atrozmente, y

mandó que fuese puesto en prisión el imprudente joven.

Volviéndose después a los demás sabios les conjuró a que le dijese el verdadero significado de su sueño. Con gran solemnidad se levantó entonces el más anciano, y habló así:

—Alégrense todas las naciones de la tierra por la buena fortuna del Rey; porque el sueño que ha tenido significa que reinará tantos años sobre su pueblo que sobrevivirá a todos sus allegados.

Sardanápolo se complació tanto con esta interpretación, que mandó llenar de perlas la boca del intérprete y lo nombró su primer ministro.

### Un centinela desconfiado

Paseando un día por la ciudadela de Copenhague el rey de Dinamarca Cristián IX, le salió al encuentro un centinela bisono, que no conocía al soberano.



—Nadie puede pasar de aquí sin permiso—dijo—.

Entonces el rey Cristián sacó de su bolsillo un escudo para que el soldado pudiese confron-

tar su fisonomía con la imagen grabada en la moneda.

El soldado lo dejó pasar; pero no debió quedar muy satisfecho, porque el rey, al alejarse, le oyó murmurar:

—¡Ojalá sea verdad; pero si no tiene permiso, rey o no rey, me veo ocho días en el calabozo!

### Calculadores prodigiosos



Enrique Mondeux fué un francés que, a los quince años, resolvió instantáneamente estos dos problemas que le propuso una Academia de Ciencias.

1.º Hallar un número tal que su cubo, añadiéndole 84, dé una suma igual al resultado de la multiplicación de ese mismo número por 37.

2.º Hallar dos cuadrados cuya diferencia sea 133.

El célebre Inaudi, a los trece años de edad resolvía en reuniones públicas los más arduos problemas. Fué célebre la rapidez con que en la Academia de Ciencias de París realizó de memoria la sustracción escrita en la pizarra.

## RELOJ IMPROVISADO



A Felipe se le había perdido el reloj y en cambio había encontrado una lupa. Como el hombre era ingenioso y además



no tenía para comprarse otro relojito, ideó un ingenioso sistema para que al dar las doce le avisaran de que había Hega-



do la hora de dedicarse al dulce reposo. Y, efectivamente, con la lupa, una cuerda, una campana y el sol, se fabricó un

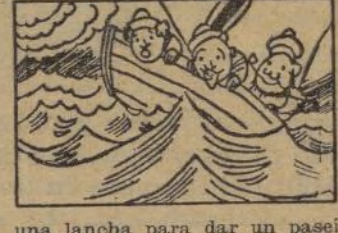


formidable reloj, último modelo, que no fallaba... No fallaba más que los días que a alguna nube incomprensiva le daba por ponerse delante del astro.

## UN VIAJECITO FAMOSO QUE FUÉ COSTERO Y COSTOSO



A don Casto y a doña Celerina les entusiasmaba el mar. Y del mar, lo que les enajenaba eran los besugos en escabeche que, según les habían informado, los pescaban a lazo. Aunque eran muy roñosos, ajustaron



una lancha para dar un paseito; total, dos "laureanos" que a doña Celerina le salían del alma. Pero, en fin, todo sea por el "sport". A los quince minutos, los esposos tenían un horrible mareo: "¡Pronto! ¡Pron-



to! Llévenos a la orilla." Obedeció el barquero, y llegó el instante trágico: "¿Cuánto es?" "Cuatro duros." "¿Cuatro? ¿No quedamos en dos?" "Sí, señor, quedamos en dos, pero el mareo lo cobramos aparte..."

Quince días después de haber conseguido mi libertad, Redresal, Secretario de Estado con destino al departamento de los negocios particulares, se presentó en mi casa con un solo criado, habiendo dejado su coche a cierta distancia, donde mandó que le esperasen.

Pidióme audiencia privada de una hora, y para que pudiese estar a nivel de mi oído, le propuse que me tendiera en el suelo; pero prefirió que le tuviese sobre la mano mientras duraba la conferencia. Principió por el parabién de mi soltura, añadiendo que se lisonjeara de la pequeña parte que en ella había tenido; pero que a no haber mediado el interés que la Corte se prometía, no hubiera conseguido tan pronto mi pretensión, pues por floreciente (continuó diciendo) que parezca nuestro estado a los extranjeros, no lo es tanto que no tengamos dos grandes ejércitos que combatir: una liga poderosa por dentro, y por fuera la invasión de que estamos amenazados por un enemigo formidable. Con respecto a lo primero, es necesario que sepáis que de más de setenta lunas a esta parte ha habido dos partidos opuestos en este Imperio con los nombres de Tramecksans y Glameksans, términos alusivos a los "altos y bajos tacones" de sus zapatos, por los cuales se distinguen. Pretenden el Gobierno los Altitacones, y es cierto que son los más conformes a nuestra antigua Constitución; pero aunque así sea, Su Majestad ha resuelto no servirse sino de los Bajitacones para la administración del Gobierno, y todos los empleos cuya presentación corresponde a la Corona; vos mismo habréis notado que los tacones de Su Majestad Imperial son lo menos un cator-

zavo de pulgada más bajos que los de toda su Corte.

El encono de estos dos partidos (prosiguió) ha llegado a tal punto, que ni comen ni beben juntos, ni siquiera se hablan. Contamos con que los Tramecksans o Altitacones nos exceden en número; pero la autoridad está en nuestras manos. ¡Ay!, sospechamos, no obstante que su Alteza Imperial, heredero conocido de la Corona, tenga alguna inclinación a los Altitacones; por lo menos nos lo da a entender en que uno de los suyos es más alto que el otro, lo



cual le hace cojear un poco en la marcha. Además de estas disensiones intestinas, nos hallamos amenazados de invasión por parte de la isla de Blefuscu, que es el otro grande Imperio del Universo, casi tan dilatado y poderoso como el nuestro. P

(Continuará)

## LOS MARAVILLOSOS VIAJES DE GULLIVER.

### CAPITULO CUARTO

(Continuación.)

Subí encima de uno de los banquillos, que tenía ocho pies de altura, fijé en él el pie derecho, después el izquierdo; tirando del tercer banquillo con un garfio dispuesto a prevención, le descolgué al patio interior, por cuyo medio logré introducirme hasta allí, pasando de uno



en otro. Me acosté de lado sobre el suelo, y aplicando la cara a todas las ventanas del primer piso, que con este fin habían dejado abiertas, vi las habitaciones más magníficas que puede imaginarse. También vi a la Emperatriz y a

las Infantas en sus respectivos cuartos, rodeadas de su servidumbre. Su Majestad Imperial tuvo la bondad de honrarme con una sonrisa muy graciosa, y me dió a besar su mano por la ventana.

No pienso referir aquí al por menor las curiosidades que encierra aquel Palacio; las reservo para otra obra mayor, que está para imprimirse, y comprende la descripción general de aquel Imperio desde su primera fundación; la Historia de sus Emperadores en una dilatada sucesión de siglos; observaciones acerca de sus guerras, su política, sus leyes, literatura y religión del país; plantas y animales que allí se encuentran; usos y costumbres de los habitantes, con otras muchas materias prodigiosamente curiosas y excesivamente útiles. Mi objeto, por ahora, no es más que referir cuanto me sucedió en nueve meses que residí en aquel Imperio.

tranz; usos y costumbres de los habitantes, con otras muchas materias prodigiosamente curiosas y excesivamente útiles. Mi objeto, por ahora, no es más que referir cuanto me sucedió en nueve meses que residí en aquel Imperio.



# **DON SEVERO AVENTURERO**



La distracción es la madrastra de todas las calamidades, como lo demuestra este descalabro sufrido por



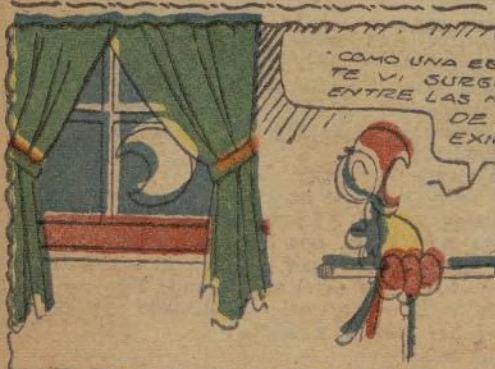
don Severo y un honrado carpintero que por distraerse cayeron a unas alcantarillas, ocasionándose un escán-



dalo terrible en la ciudad, pues todos creyeron al ver las piernas del carpintero y el cuerpo de don Severo que



nuestro popular personaje se había suicidado serrándose por la mitad con el serrucho.

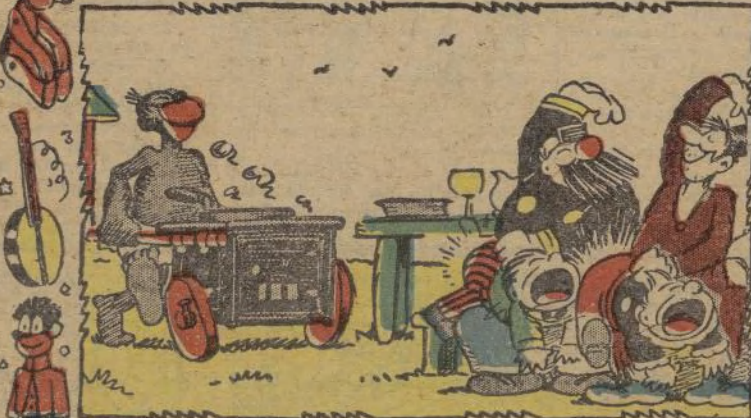


Aquel paseo en coche con Carolinita le había sentado tan bien a Laura, que, gozosa y alegre, atronaba el aire con sus gritos y cánticos.

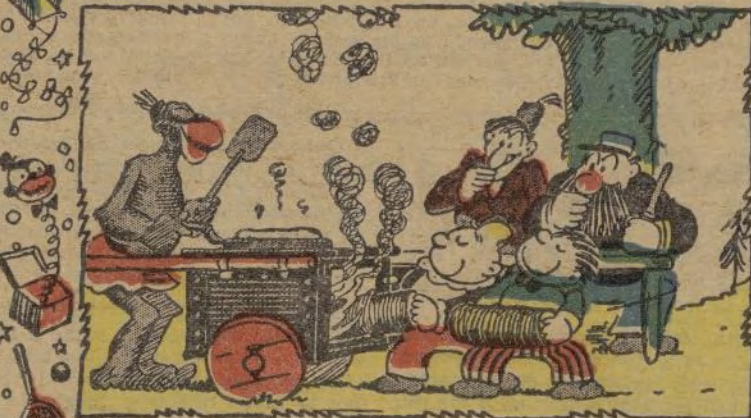
# **HAZAÑAS AL ALIMÓN DE TARUGO Y PERDIGÓN**



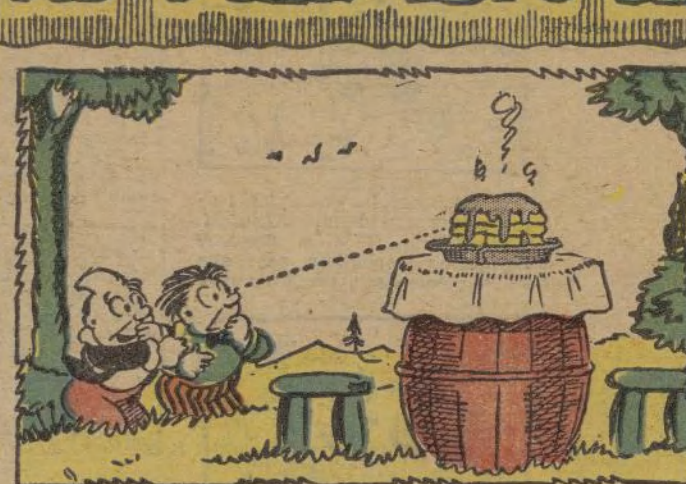
El inventor, gracias a su prodigioso aparato recuperador, se hizo bien pronto con la aeronave, y los pilluelos recibieron tal tunda en pago de su hazaña, que parecía que les había dado la escarlatina en los respectivos traseros.



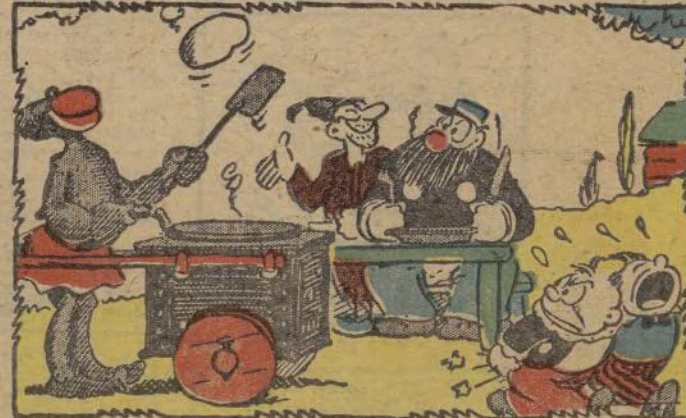
Y acto seguido, el capitán invitó a su gran amigo Pérez Oso a que se entrenase a tocar diana sobre Tarugo, mientras él ensayaba en las posaderas de Perdigon una zarabanda rusa, con entermeceadores solos de bombo y platillos.



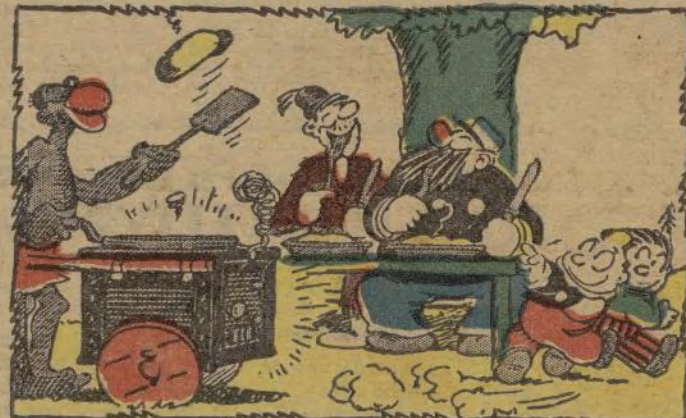
Al principio, el capitán se escamó un poco, pero el inventor dijo ufano: —No hay que dudar de que se han convencido de que con Pérez Oso no se pueden gastar bromas—. Y dió permiso a los pilluelos para que les sirvieran de criados.



Pero como no escarmentaban aunque les hicieran picadillo, la vista de un succulento pastel de hígado de mono viudo les hizo olvidarse de la azotaina, para pensar solamente en apoderarse del pastelito, costara lo que costase.



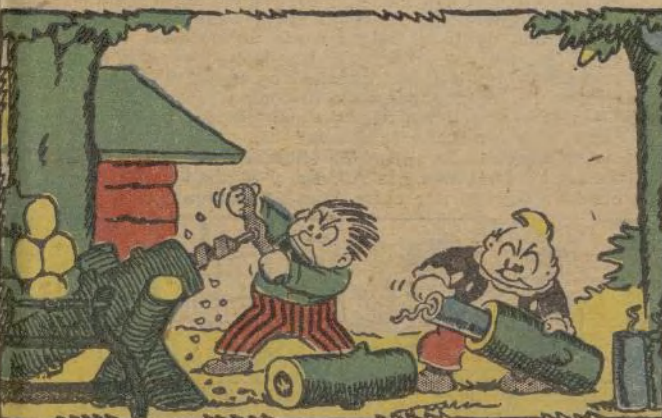
Y después de caldearlos a conciencia, el Capitán les despidió: —Márchense ustedes, y sepan que con el capitán Terre-Moto y sus camaradas Tizón y Pérez Oso no se puede jugar como antaño jugaban con Trabucazo y Barba Cana.



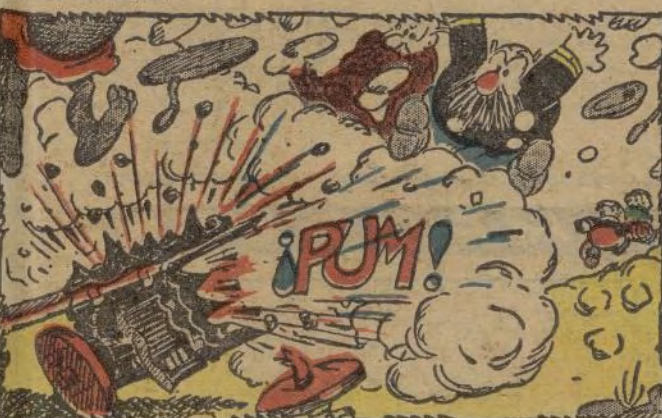
Satisfechos de haber vencido a los pilluelos indomables, comenzaron a comer, mientras Tarugo y compañía decían que iban al bosque a recoger más leña. —Ve usted, si son unos angelitos—remachó el inventor satisfechísimo.



Y como cuando se les metía una idea en el "melón" no se la arrancaban ni con grúa, se subieron sobre unas banquetitas, y le metieron mano al pastelillo, con la misma tranquilidad con que os atarais vosotros los zapatos.



Ni que decir tiene que la paliza les sentó como un tiro, pero, convencidos de que si el capitán era un cernicalo el inventor y su criado eran malos enemigos, decidieron pisar con cautela y proceder con toda su astucia.



Mas no había concluido de decirlo, cuando una terrible explosión atronó los ámbitos, y cocina, sillas, mesas y hombres volaron por los aires, al hacer explosión los petardos de dinamita colocados dentro de los huecos troncos.



Pero no habían caído los incautos en que aquello era una trampa preparada por el genio del maléfico inventor. Así es que, de pronto, surgió la negra mano de Tizón, y les hizo prisioneros en menos que canta un gallo ronco.



Horadaron unos troncos, metiendo en ellos unos hermosos petardos de dinamita, y, muy compungidos, llegaron al campamento de los compinches, diciendo: —Queremos ser vuestros amigos, y desearíamos ayudaros en vuestras faenas.



Y horas después, el aparato del inventor recorría la isla, y en él, sedientos de venganza, Terre-Moto, Pérez Oso y Tizón escudriñaban las rocas en busca de los pilluelos, que aquella vez triunfaban.

# **TERESA NINA TRAVIESA**



Teresa quiso jugar a los soldados, y se fabricó una espada, atando dos palos en forma de cruz. El primer



enemigo que se presentó ante el gran soldado fué un inofensivo taroncillo, a quien Teresa atacó con el revés de

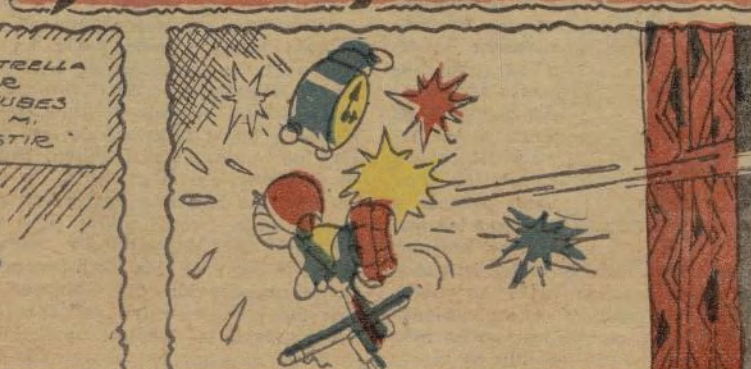


su espada, por ser enemigo despreciable, pero como el mango no estaba, por lo visto, bien atado, salió proyec-



tado hacia las narices del soldado, demostrando al futuro héroe que "no hay enemigo pequeño".

# **Risa para la semana con "Laura" la charlatana**



Pero por lo visto a los vecinos de aquel barrio no les agradaban las bellas artes, porque Laura recibió una muestra de entusiasmo



Aquello le sentó malísimamente, pues además del trastazo con sangre, le impedía seguir cantando en aquel barrio de inciviles incultos.



Y pronto tuvo en la biblioteca una inspiración, contemplando un manual para aprender a ser ventrílocuo.



Días y días se pasó la cotorrita estudiando con afán en aquel tratado del perfecto ventrílocuo, gracias al cual iba a disfrutar tanto.

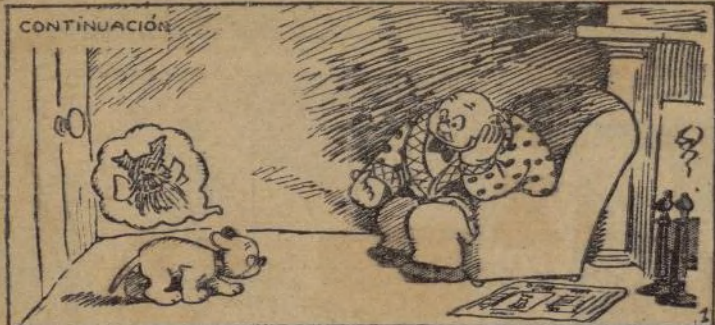


Y como los ventrílocuos ponen la voz donde quieren, Laura la ponía en un gato que cantaba sin abrir la boca y se ganaba los ladrillazos.



## DON SIMPLÓN Y DINAMITA

CONTINUACIÓN



Don Simplón seguía tranquilo y confiado sin sospechar la faena que le habían hecho los malvados Toma y Dale. No le pasaba lo mismo a Dinamita, quien presagiaba algo horrible y espantoso.



Y de pronto la perrita que no sabía hablar, pero que leía como un maestro de escuela, fijó su vista canina en el periódico, y al ver la fatal noticia lanzó un ladrido de desesperación.



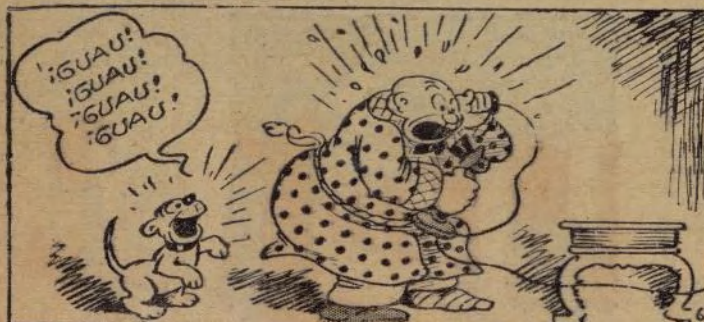
Don Simplón entonces cogió el periódico y una nube de sangre veló sus ojos: ¡Oh, qué tragedia! ¡Qué espanto! ¡Qué oruel y brutal desengaño! ¡Había sido burlado! ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!



No dando crédito a lo que veía se puso a leerlo en otra postura. Pero fué lo mismo. Aunque se pusiera panza arriba, la fatal noticia seguía resaltando en el periódico con todo dramatismo.



—¡Ay, misero de mí! ¡Ay, infelic!—sollozó presintiendo el drama, mascando la tragedia—. Hay que avisar inmediatamente a la Policía y a los más célebres detectives del Universo.



Y don Simplón se agarró al teléfono como el naufrago a una tabla salvadora, pidiendo auxilio a la central de Policía. ¡Qué terribles instantes! ¿Salvarían al desventurado Feote? (Continuará.)

## BAJO EL IMPERIO DEL TERROR

AVENTURAS DE UNOS MUCHACHOS EN EL PARÍS REVOLUCIONARIO

### CAPITULO II

#### La hostería del viandante

En el momento en que nuestros amigos entraron en la hostería, se preparaba la cena. En el hogar de la cocina hervían espumantes ollas entre olorosos vahos, y se asaban magníficas carnes exhalando perfumes tentadores.

El hostelero, un suizo rubio y moftetudo, acudió solícitamente a recibir a sus huéspedes, y derrochó sus más amables saludos y ofrecimientos.

—No necesito preguntaros si tengo el gusto de



tas frases al oído. Cuáles fueran en concreto no lo pudieron averiguar las criadas de la hostería, a pesar de toda su perspicacia; pero el hecho fué que al punto se vió a maese Spielmann salir a recoger personalmente el equipaje del viajero, y cogiendo la llave del cuarto de honor, acompañarle hasta dejarlo aposentado.

El anciano marqués, arrellanándose en una butaca, decía a su compañero de viaje:

—Hora es ya, mi buen Miguel, de que echéis un buen remiendo a tu estómago. He dado órdenes al hostelero de que te sirvan una buena cena. En cuanto a mí, con una taza de té, me basta.

—Estaríamos buenos, señor; buena enjundia



—Pues, amigo mío; ¡tratad a mi amo como si tuviera carta blanca del abad!

A los pocos momentos, entraban en el aposento del marqués maese Spielmann y Miguel, y desplegaban ante los atónitos ojos del anciano una formidable batería de platos, fuentes y botellas. Vanas fueron las protestas del anciano. Su apetito y cansancio, y el tentador aspecto de las viandas pudieron más que sus propósitos de frugalidad, impuesta por los contados florines que le quedaban para llegar hasta el fin de su viaje, y supo hacer honor a la cena de maese Spielmann.

hablar con el señor Spielmann—dijo el marqués—, puesto que lleváis en la fisonomía el sello de vuestro padre o de vuestro abuelo, a quien conocí en esta casa hace cincuenta años.

—De mi abuelo, señor, van ya cuatro generaciones de Spielmann regentando esta hostería.

—Me alegro mucho, y cuento con que el nieto no desmerecerá del abuelo, prototipo de hosteleros.

—Espero poder servir a vuecencia de forma que merezca vuestros elogios.

Tras estos cumplimientos, el noble anciano llamó aparte a maese Spielmann y le dijo unas cuan-

echaría vuecencia con una taza de té, después de tanto traqueteo. Voy a ver lo que opina de eso maese Spielmann. Por lo que a mí toca, no se preocupe el señor, que ya sé cuidarme a todo regalo.

Maese Spielmann se escandalizó cuando oyó lo de la taza de té, y Miguel, que no deseaba otra cosa, le hizo ver que sería un deshonor para su hostería si tan egregio huésped no hacía el debido aprecio de los productos de su cocina.

—¿Haréis un buen negocio con tanto y tan precioso huésped como os honra?

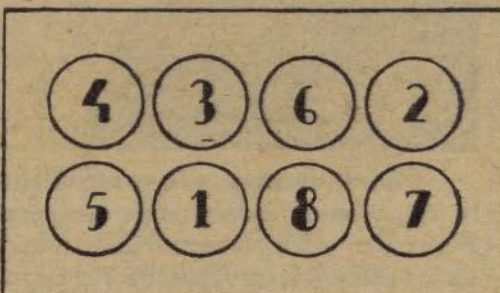
—No creáis! La mitad de ellos se hospedan gratis. La hostería es de la Abadía, y el abad y el procurador pueden dar carta blanca a quien quieran,

Fueron inútiles cuantas porfías hizo a Miguel para que le acompañase al banquete. El fiel criado respondía que ya el sabía mirar por sí.

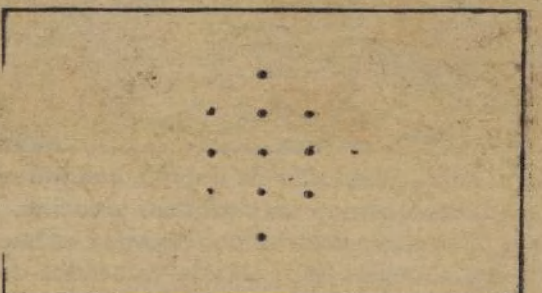
Cuando, acabada la cena, quedóse el marqués por fin solo, entre el montón de equipajes pudo ver un saco de lona que llamó su atención. Desató la cuerda que lo ligaba, y en su interior halló una provisión de mendrugos de pan, higos y castañas, que constituían, sin duda, el regalo con que el bueno de Miguel se trataba. Al marqués se le humedecieron los ojos de ternura.

(Continuará.)

## PASATIEMPOS



Probad si podéis unir con trazos rectos estos círculos, dos a dos, de modo que las cifras de cada pareja de círculos, sumadas, den en todos los casos la misma cantidad.

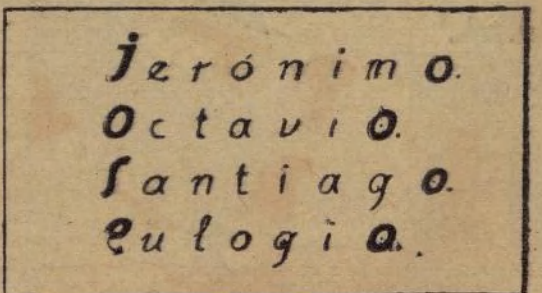


Sustituir los puntos por letras de modo que en las diversas líneas horizontales, comenzando por arriba, y en las verticales comenzando por la izquierda, se lea respectivamente: 1.ª Letra consonante, 2.ª Barro, 3.ª Personaje de JERONIMO, 4.ª Metal precioso, 5.ª Letra vocal.

### SOLUCIONES A LOS PROBLEMAS DEL NUMERO ANTERIOR



Así se puede componer un rectángulo con los trozos blancos dados en el problema.



Estos son los cuatro nombres propios de varón que terminan en o, y cuyas iniciales, leídas de arriba a abajo, forman otro nombre de varón.



## LA MITAD DEL PREMIO



El rey de Francia, Felipe de Valois, tenía un halcón digno de un rey. Un halcón, es un ave de rapiña que los antiguos usaban para cazar otras aves cuando no había aún armas de fuego. Llevaban el halcón en la mano, tapada la cabeza con un caperuza; cuando aparecía una pieza de caza, le quitaban al halcón la caperuza; el ave de rapiña se remontaba a los aires, se echaba sobre su presa, la derribaba, y volvía a manos del cazador.

Pues vamos a que un día, durante una cacería, se le escapó al rey Felipe su regio halcón, y enamorado de la libertad, se negó a descender de las alturas. El rey ordenó a seis monteros suyos que siguiesen las evoluciones del pajarraco, dispuestos a recogerlo en el punto en que se dignase descender. Pero el halcón parecía burlarse de ellos; porque cuando les había hecho correr seis leguas hacia delante, se revolvía hacia poniente, hasta que, por fin, el halcón se remontó altísimo, se hizo como un puntito negro entre las nubes, y desapareció.

Al día siguiente se publicó por todo el

ba y reconocían el halcón real, querían asociarse al campesino, en su empresa.

—¿Así llevas el halcón del rey? Tú no sabes llevar halcones. ¡Dámelo a mí, que de eso entiendo un rato!

—¿Conoces el camino de París? ¡Déjame que te acompañe y te guiaré!

—¿No sabes que en París no hablan como nosotros los aldeanos? ¡Yo sé el modo de hablar parisino y te serviré de intérprete!

—París está plagado de ladrones. ¡Iré junto a ti para guardarte!

Gregorio supo zafarse de todos con ingenio y buenas palabras.

Pero llegó al palacio del rey, y allí fué su mayor apuro. El mayordomo no le dejaba pasar; quería ser él quien entregase al soberano su pájaro favorito. Lue-



go, le pidió la mitad del premio, y tantas fueron sus porfías y tan mal parada vió el aldeano la cosa, que tuvo que acceder a las exigencias de mayordomo.

El rey se puso contentísimo al recuperar su halcón, y dirigiéndose al campesino le dijo: "Te agradezco tu diligencia. Pídemelo lo que quieras, y te lo concederé". Cuál no sería el estupor del rey cuando oyó que el aldeano decía: —"Señor; pido que vuestra majestad me mande dar cincuenta azotes, pero fuertes, fuertes". Ante el pasmo de todos los presentes, tuvo que explicarse: —"¡Señor! Yo soy un pobre campesino que apenas puedo sostener mi casa, y tengo dos hijas a las que no puedo casar. Cuando pude recoger el halcón de vuestra majestad, pensé que Dios me lo enviaba para que pudiese arreglar mi casa y casar a mis hijas. Pero vuestro mayordomo me ha obligado a prometerle la mitad del premio que Vos me entreguéis, y puesto que con cien francos mis males no tienen completo remedio, prefiero quedarme sin ninguno con tal de propinar veinticinco azotes a quien



me hace perder el fruto de vuestra generosidad".

El rey hizo venir al verdugo y mandó que en el acto diese al mayordomo veinticinco azotes; pero fuertes, fuertes; y al bueno de Gregorio el campesino le entregó íntegros los doscientos francos prometidos.



Erase una zorra astuta que resultó ser muy bruta.



En el parque se metía y las aves se comía.



Pronto llegó la ladrona con más hambre que una mona.



Y se lanzó con presteza a la trampa de cabeza.

## LOS TRES AVENTUREROS

CONTINUACIÓN



A los gritos de Boston, los dos rapaces levantaron la cabeza mirando en dirección al mar, y fué tanta la emoción que se apoderó de ellos que, haciendo un esfuerzo supremo, consiguieron ponerse en pie. A un par de kilómetros de la playa navegaba un navio con las velas desplegadas.

Boston, arrastrándose entre las ro-



cas, consiguió llegar hasta uno de los picos más altos de la escollera, y desgarrando su camisa, comenzó a agitar el trapo entre sus manos pretendiendo ser visto desde el barco. En la playa, Polo y Rafa gesticulaban como locos, y "Leal", dándose cuenta de lo crítico de la situación, corría como un rayo por la arena, dando saltos y cabriolas. Pe-

ro los esfuerzos de los aventureros parecían que iban a resultar estériles. La embarcación, con todas sus velas desplegadas, pasaba de largo sin avistar a los tres hombres.

Y cuando ya la desesperación y el desaliento les invadía, vieron con asombro y la alegría que se puede suponer que de la borda del bergantín salía una



Los tres aventureros, agotados ya definitivamente sus fuerzas, cayeron en un extraño sopor sin energías para moverse. Como entre sueños, les pareció ver que varios hombres con aspecto de marineros, y de habla extranjera, les cogían en volandas transportándoles a la canoa.

Cuando recobraron el conocimiento, la noción del tiempo había pasado para ellos. Al abrir los ojos, se contem-



columna de humo y el eco de un cañonazo retumbó sobre las olas; inmediatamente el barco cambió de derrotero, y girando graciosamente puso proa a la playa, y a medio kilómetro escaso de la costa del navio destacaron una canoa, que, ocupada por varios remeros, comenzó a acercarse rápidamente hacia la playa.



plaron tendidos en una lona cara al cielo, sobre la cubierta de un barco que navegaba a toda vela. Y varios hombres de aspecto rudo les prodigaban cuidados para hacerles reaccionar.

¿En qué manos habían caído los aventureros? Aquellos hombres, ¿eran amigos o enemigos? Todo era misterio para ellos. Ni el menor indicio tenían para deducir cuál iba a ser su destino. ¿Qué iría a ocurrir? (Continuará.)

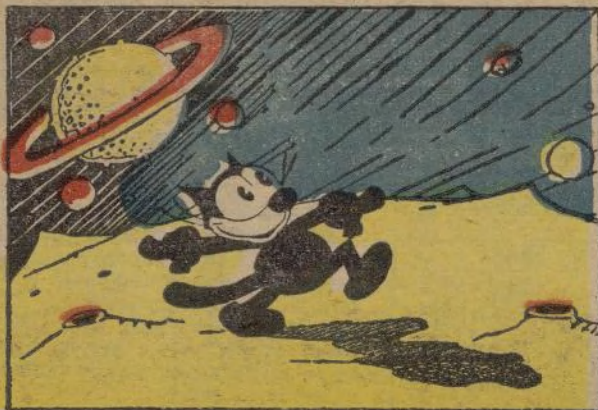




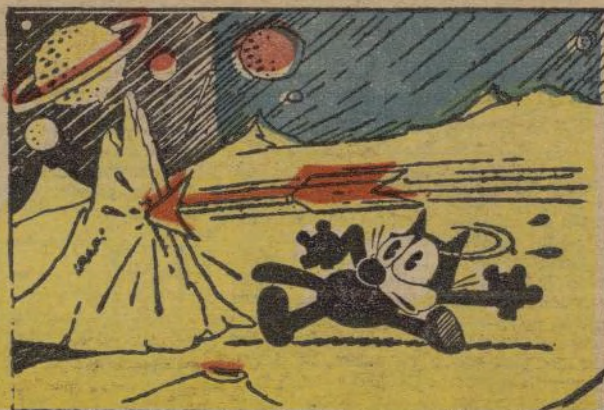
# ANDANZAS DEL GATO FELIX



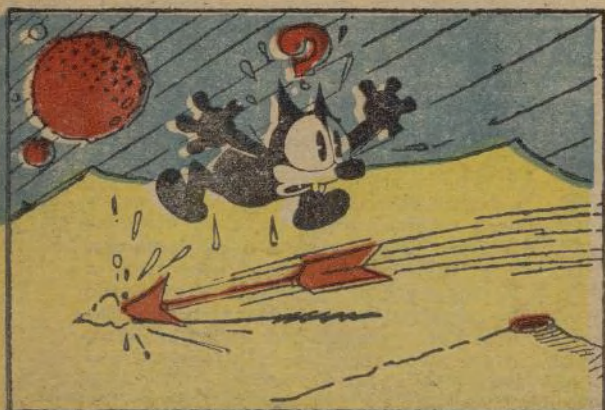
Gracias a su puntería en arrojar piedras con honda, y a la consistencia de la goma interplanetaria, Félix consiguió descender por aquella escala improvisada, que con tan raro y meritorio ingenio se había fabricado.



Más contento que Bimbete cuando le compraban zapatos nuevos, el gato comenzó a pasear por aquel desconocido planeta, en el que había la misma gente que en los "cines" sin refrigeración durante el verano.



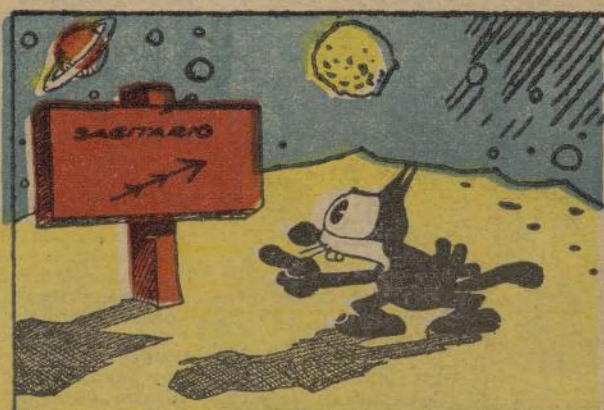
Pero poco dura la tranquilidad en casa de los gatos. Cuando más contentito iba pensando en una ración de judías estofadas, que eran su debilidad, le sorprendió un agudo silbido, y menos mal que se agachó a tiempo.



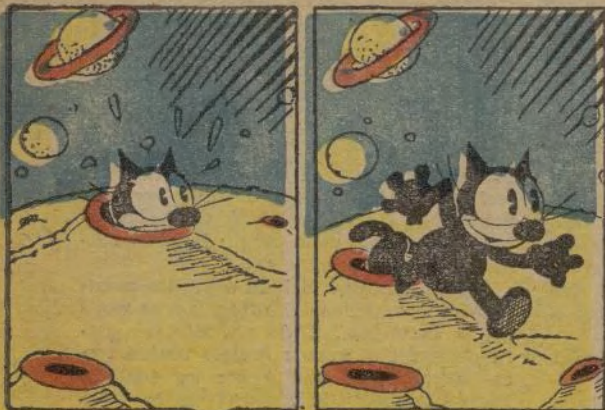
Que si no se agacha, deja la pelleja y las siete vidas en aquella tierra misteriosa, gracias a una flechita que desconocidos enemigos le habían lanzado con las del veri. Pero pronto sonó otro silbido, y, ¡zas!, otra flechita.



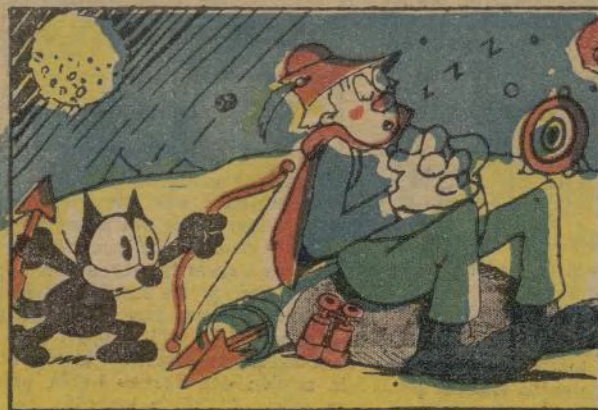
Aquello se iba poniendo muy trágico. Veinticinco segundos después de haber sorteado el segundo flechazo, volvió a oírse otro silbido, y una tercera flecha pasó por cima de sus narices silbando "El canto del ruiseñor".



Félix corría como alma que lleva detrás de sí al sastrero con la factura, y pronto vino a dar con sus huesos junto a un poste indicador que decía: "Sagitario", y el letrero y la flecha le indicó en qué signo zodiacal caería.



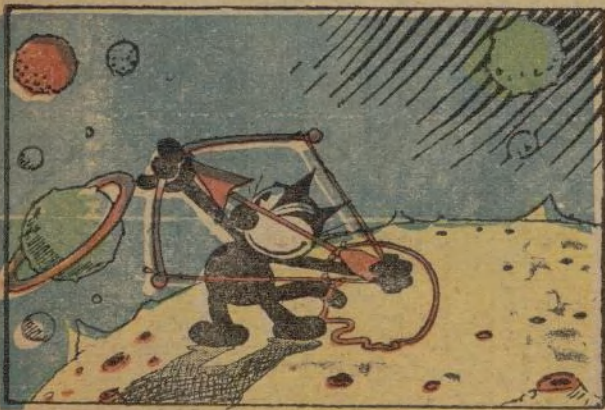
Como el andar por la superficie era más peligroso que cruzar la Puerta del Sol por la mano contraria, Félix fué avanzando cautamente por debajo de tierra, filtrándose por los cráteres de pequeños volcancitos.



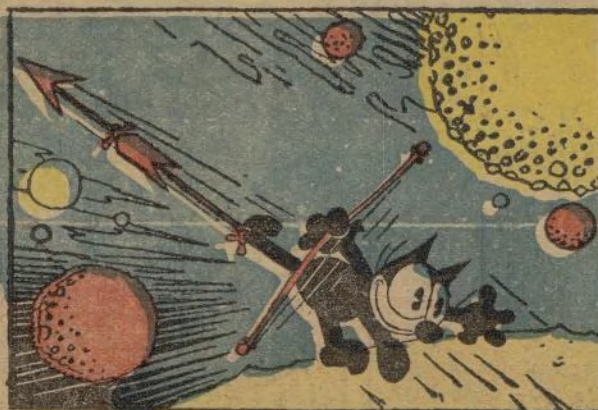
Y de esta forma llegó junto al rey de aquel planeta, el arquero Sagitario, que se había quedado dormido después de la faenita que acababa de realizar. Félix se aprovechó, y, "por si las moscas", le batió el arco y las flechas.



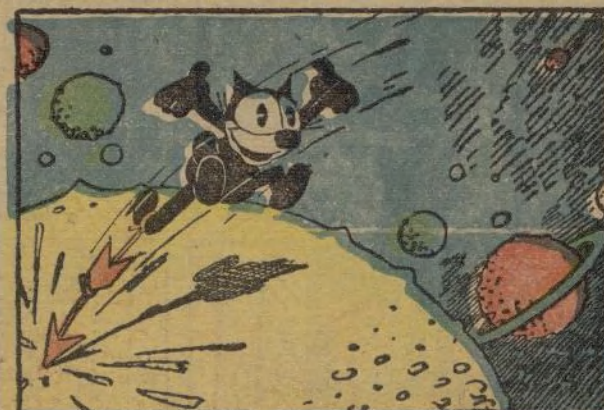
Seguro ya de no morir ensartado de un flechazo, llegó hasta el límite de aquel planeta y comenzó a investigar si había por allí cerca otro en el que pudiera vivir más tranquilo, y le pareció que "Piscis" era el más indicado.



Como decididamente el gato tenía más ingenio que muchos novelistas por entregas, se ató la flecha al rabeque, metió la flecha en el arco, y se dispuso a realizar una ascensión más arriesgada que banderilear un toro ciego.



Efectivamente, el dardo surcó la estratosfera con la misma elegancia que un pato surcaría el estanque del Retiro, llevándose a Félix detrás, ante el asombro de las estrellas, que no sabían quién era aquel cometa desconocido.



—¿Quién eres? ¿Quién eres?—le decían las estrellas. —¡Dínoslo!—No me da la gana, repuso Félix, que a veces era mal educado. —Te pesará. —¡A mí, Piscis!—concluyó Félix, que acababa de aterrizar en el mencionado planeta.

(Continuará)